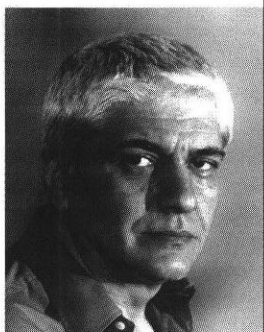


LAS CONDICIONES DE PARTIDA



ARQ. CARLOS FALCO

CONSEJERO SUPERIOR DE LA UNL

EX CONSEJERO DIRECTIVO POR EL CLAUSTRO DOCENTE

PROFESOR TITULAR CÁTEDRAS DE ARQUITECTURA I E HISTORIA II

La *integración de conocimientos* en las carreras de arquitectura tiene antecedentes e historia en nuestras Facultades, a partir de las experiencias de fines de los '60 y comienzos de los '70.

Entre otros, el "Proceso" en Rosario, o el "Taller Total" de Córdoba, fueron movimientos de docentes y estudiantes destinados a cambiar un modelo de enseñanza identificado con un perfil de arquitecto ligado a la tradición del Movimiento Moderno, base conceptual de los reformadores de planes de estudio en la Universidad argentina pos '55.

La presunción de que importantes e inminentes cambios políticos y sociales ocurrirían en Argentina y Latinoamérica impulsó la reformulación de una idea de arquitecto más ligada a la acción y a la militancia social, que a encerrarse en la "torre de marfil" del diseño puro y la profesión liberal.

Los programas y métodos establecidos en las Facultades de Arquitectura después del '55 entran en crisis por diversas causas. Una de ellas fue la progresiva feudalización de las Cátedras a través de la verticalización de los Talleres. La desconexión programática entre éstos, con las asignaturas teóricas, generó dificultades en el proceso formativo del alumno. Se llegó a la paradoja de coexistir varias "facultades paralelas" dentro de una. Podemos decir en términos generales, que en el comienzo de 1970 nos encontrábamos frente a una gran crisis epistemológica de la disciplina arquitectónica.

Otra causa de esta crisis fue la incorporación más decisiva de

la problemática de la Ciudad y el Urbanismo como campo disciplinario del arquitecto, y consecuentemente la necesidad de la cooperación multidisciplinaria para los diagnósticos y propuestas sobre estas problemáticas. También era notable por entonces la creciente transferencia desde otras disciplinas, de sistemas y métodos: la economía, la sociología urbana, las ciencias políticas, etc., aportan desde otros ángulos a la Arquitectura. Es así que el tradicional Taller de Diseño no puede ya contener las demandas de un alumnado ávido de una apertura hacia el análisis e interpretación de una realidad convulsionada. Los estudiantes reclaman cambios en su formación y una nueva generación de docentes aspira a protagonizar una práctica menos convencional en lo académico. Podemos decir en términos cognitivos que se abandona el edificio y se ocupa la ciudad.

La avalancha de información, las nuevas visiones e interrelaciones disciplinarias surgen de una renovadora mirada de la realidad. Todo este proceso es acompañado por un ultrapolitizado movimiento estudiantil que abandona su tradicional e histórico rol reivindicativo y gremial para involucrarse de lleno en la acción política.

Es por eso que los mecanismos institucionales colapsan y los nuevos planes de estudio son aprobados en asambleas generales de docentes y estudiantes en un clima ciertamente optimista y esperanzado. No debemos olvidar que dos años an-

tes, los estudiantes parisinos en mayo del '68, a través de sus reclamos y luchas, ponen en inesperada crisis a la República Francesa, una de las potencias mundiales en pleno corazón del primer mundo.

Cuando repaso algunos episodios puntuales de aquellos especiales momentos, no dejo de recordar con asombro cierto clima alucinado y casi irreal de la política universitaria en esos meses y no puedo menos que asociar casi poéticamente, digamos, algunas escenas vividas, con secuencias de las clásicas películas de Serguei Eisenstein sobre la Revolución de Octubre.

Es entonces que los Talleres, tradicionalmente vinculados a la práctica del diseño y emblemas de la corporación de los arquitectos, dejan lugar a una organización pedagógica más abierta a la inserción de nuevas modalidades y áreas del conocimiento: la teoría de la arquitectura, los nuevos métodos de investigación combinados, la discusión política de las problemáticas sociales, son los protagonistas del momento. En estas unidades pedagógicas operativas, que adoptan el nombre genérico de Comisión, conviven sin diferencias jerárquicas docentes de todas las disciplinas y asignaturas del plan y sus respectivos contenidos. Aparece en esta instancia "el Trabajo Integrado" en reemplazo del Proyecto. El trabajo integrado tenía la pretensión de condensar en un solo producto todos los aspectos constitutivos del megaconocimiento arquitectónico.

Todo intento de reencauzar la práctica pedagógica hacia el diseño puro es atacado por formalista, estetizante o reaccionario. Las propuestas de arquitectura en los procedimientos priorizan el *Método y el Análisis y el Proceso*. Los planes colectivos de realojamiento de villas miserias, los conjuntos habitacionales, las operaciones urbanas, la reformulación del hábitat periférico de las ciudades son los temas "vedettes" de los proyectos integrados.

El standard, la prefabricación, la modulación, la racionalización de sistemas tradicionales son las contraofertas a la artesanía de la construcción. Se prioriza el trabajo en equipos docentes y, en el extremo, se experimentan nuevas formas de autoevaluación y autocalificación.

Mirado históricamente este "proceso", puede decirse que tuvo

el carácter de una turbulencia. Hacia 1975 este movimiento había prácticamente desaparecido y muchos de sus protagonistas dispersaron su atención hacia una realidad política y social que imponía otras preocupaciones.

Los acontecimientos que ocurrieron en el país a partir de 1973 fueron imponiendo en las carreras de Arquitectura un paulatino retorno al "oficio" proyectual. Esta actividad se vio acentuada por la retracción que el campo de lo social y lo político determinan las condiciones impuestas por el golpe del '76. Había concluido el recreo intelectual de la experiencia integrativa. Esta retracción se fue complementando con las señales que paralelamente la cultura arquitectónica internacional emitía desde los países centrales. Profusamente divulgadas por el periodismo arquitectónico vernáculo, las tendencias que se engloban genéricamente tras la denominación de posmodernismo, y que abarcan un amplio espectro ideológico y conceptual, insistían en no sacar pies del plato del diseño puro. Sus consignas más relevantes son la autonomía y la especificidad disciplinaria. Las nuevas tendencias entienden a la Arquitectura imposibilitada e impotente para avanzar más allá del objeto mismo.

Desde las High-Tech de la vertiente neo-productiva, con sus edificios de acero y cristal emblemas de las multinacionales, inalcanzables e inabarcables para un país periférico y pobre como Argentina, hasta las melancólicas propuestas urbanas de los Krier, estas arquitecturas nos hablan de una cultura de la nostalgia, el escepticismo y el poder. Emblemas de las corporaciones internacionales o contraofertas estériles y utópicas a la cruda realidad de la ciudad capitalista contemporánea son el reflejo directo o indirecto de la incipiente y omnipresente restauración conservadora.

El discurso posmoderno en las facultades esgrimió poderosos argumentos y filosas armas apuntadas a la sensibilidad de los arquitectos: la seducción por la forma y el regodeo en el discurso figurativo.

La parafernalia de símbolos, metáforas, signos, citas, ocultismo arquitectónico, historia reciclada y alquimia de tablero, se interpretó como la liberación definitiva de los rígidos lazos que

todavía nos unían a la tradición proyectual del Movimiento Moderno. Recuerdo por entonces el título de una conocida y difundida publicación especializada: "Disparen sobre el Movimiento Moderno". En muchos casos una vez más, se adoptaron de manera acrítica los gestos snobs de los representantes locales de algunas modas figurativas, reiterando en alguna medida ciertos rasgos de la tragedia cultural argentina: usar de segunda mano novedades estéticas que ya habían perdido vigencia en los países centrales diez años antes.

Se nos devolvía así, incólume, la imagen del *designer*, nuevamente en la torre de marfil, ahora sí hablándonos con autoridad desde el pedestal de la autonomía disciplinar. También las temáticas se reconvirtieron, instalándose en el seno de los Talleres los paradigmas del poder de la arquitectura institucional de Louis Kahn.

Debemos reconocer que también existieron fuertes resistencias a estas incorporaciones indiscriminadas; pero, en general, las mismas pecaron de chauvinistas descalificando a todas estas tendencias sin evaluar, objetiva y científicamente, que entre la avalancha podía filtrarse alguna importante novedad epistemológica, como efectivamente sucedió. Digamos que a esta confusión colaboró alguna historiografía que sin mayores sutilezas englobó, dentro del cuestionado rótulo de posmoderno, a arquitecturas del consumo y el kitsch norteamericano, con las austeras propuestas y reflexiones del neomarxismo europeo.

En general estas resistencias fueron prejuiciosas y prefirieron abroquelarse en la seguridad conservadora de las concepciones artesanales y domésticas de la disciplina y la enseñanza. Por otra parte, las propuestas del *Regionalismo* crítico no alcanzan a contrarrestar el profundo proceso de transculturación

que durante una década socava la posibilidad de encontrar esquemas alternativos de producción arquitectónica y renovados sistemas de enseñanza de la disciplina.

Herederero directo del funcionalismo orgánico de F. L. Wright y de A. Aalto, y de maestros de la arquitectura argentina como E. Sacriste y E. Tedeschi, el *Regionalismo* parte de premisas excluyentes. Reedita, de este modo, el antiguo pecado original del urbanismo moderno: ver a la ciudad desde la abstracción distante del planeamiento. Se aparta así del objeto decisivo de la acción disciplinaria contemporánea: la Ciudad real con sus desórdenes y contradicciones, sus preexistencias y potencialidades, sus esplendores y sus miserias.

Mucha agua había corrido bajo el puente de la teoría urbana y sobre todo con las propuestas más lúcidas del neoracionalismo italiano, fundamentalmente "La arquitectura de la ciudad" de Rossi y concurrentemente su Teoría de los Tipos.

El *Regionalismo* no logra hacer pie en la comunidad de profesionales, estudiantes y docentes de la Arquitectura, todavía hipnotizados por el bombardeo de imágenes que difunden las revistas especializadas. Quienes logran escapar de la catarsis antimoderna producida por las tendencias de los '70 ven en el *Regionalismo* contradicciones insalvables. El virtuosismo de algunas de sus obras o el carisma de algunos de sus protagonistas no alcanzan para la seducción. El *Regionalismo* no tiene respuestas frente a la Historia de la Arquitectura, no tiene propuestas de trabajo en equipo, y fundamentalmente no tiene conceptualizada una operación global sobre la Ciudad. No obstante ello, debemos reconocer su tenacidad militante, y el haber sido el primero y más serio intento de elaboración y búsqueda de un lenguaje y una alternativa en la arquitectura de la región.



Ciudad marginal

(Transformaciones. Enciclopedia de los grandes fenómenos de nuestro tiempo. Centro Editor de América Latina. Nº 5. Año 1971)

La creación de la Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la UNL en 1985 pone al desnudo las debilidades intrínsecas de la propuesta regional.

Contra lo que muchos creyeron, o trataron de hacer creer, el conflicto en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica tuvo un carácter esencialmente ideológico-político. De ninguna manera se dirimieron allí, durante esa apasionante experiencia, posiciones alternativas entre ideas contrapuestas sobre la Arquitectura. Éstas podían subyacer, pero nunca fueron explícitas. Recordemos la principal consigna estudiantil de ese momento: Normalización. Es decir, libre asociación gremial, democracia política y libertad académica, reivindicaciones reformistas incompatibles con los dogmas de la educación confesional. Estas consignas estudiantiles, que algunos docentes compartimos en aquel momento, se dieron en el especial contexto histórico de la recuperación de la democracia, y condujeron inevitablemente a una crisis institucional sin retorno.

La creación de una nueva Facultad en el marco de la Universidad Nacional con funcionamiento pleno, es en Santa Fe en 1985 una histórica y excepcional oportunidad de reconceptualizar criterios, métodos y disposición de recursos para reorientar el perfil disciplinario y operativo en la generación y búsqueda de una nueva arquitectura.

La Estructura Académica consensuada en la oportunidad retomaba con criterios actualizados, contenidos integradores reivindicativos de una voluntad colectiva de construcción institucional. La Integración de Conocimiento y la transversalidad de los saberes exigieron una renovada apuesta en la elaboración de una didáctica específica y la investigación proyectual. En este sentido la Estructura Académica expresaba por entonces el deseo colectivo de construcción científica del conocimiento disciplinar.

Transcurridos los años y tratando de realizar un no sencillo y breve balance de acontecimientos tanto institucionales, académicos, como disciplinarios, debo decir que una parte muy importante de aquellas aspiraciones políticas se ha realizado. Las prácticas democráticas y las decisiones colegiadas imperan como rutina necesaria y vital en el desarrollo de la institución. Pero en el plano de la construcción epistemológica nuestra Facultad se encuentra todavía en deuda. Tal vez una de las más evidentes desorientaciones que compartimos como comunidad de interés académico es, a mi juicio, la generalizada confusión entre *Disciplina* y *Profesión*. Esta situación es retardataria de un necesario y trascendente salto cualitativo en nuestra producción de conocimientos que exigirá un nuevo contrato y nuevas alianzas ideológicas en el plano disciplinar, pero fundamentalmente una apertura intelectual direccionada a la renovación y también al riesgo experimental.

Es en este punto donde debemos detenernos, para analizar las convergencias y divergencias que intervienen en la puesta en marcha de un nuevo ciclo de nuestra Facultad. Pero esto es otra historia.



Ciudad de San Pablo
(Transformaciones. Enciclopedia de los grandes fenómenos de nuestro tiempo.
Centro Editor de América Latina. N° 54. Año 1972)